



PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)

Por un mes. . . . . 4 reales.  
 Por tres id. . . . . 11 »  
 Por un año. . . . . 40 »

La suscripcion empieza en 1. y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.  
 Por seis id. . . . . 28 »  
 Por un año. . . . . 50 »  
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »  
 ULTRAMAR.—Un año. . . . . 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, —jueves y domingo

Administracion y Redaccion, Huertas: 82, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

La Providencia vela por nosotros con el mismo cariñoso afan que las patronas de Madrid velan por sus huéspedes dándoles por 7 rs. su sopa, su cocido, su principio y su poquito de vino.

¡Ah, júbilo sin par!

Trescientos y tantos ciudadanos escogidos no han podido hacer en el Congreso un rey, y doña Isabel nos ha hecho en Paris á Alfonso XII, y doña Margarita ha hecho en Suiza á Ramiro IV.

¿Cómo ha podido conseguirse esto?

Con la ayuda de Dios.



Confesémoslo muy alto.

Mientras nosotros vivimos afanándonos por sacar adelante esta pobre nacion, en el extranjero vive y se propaga una familia que nos hace feliz cada nueve meses dando á luz un dichoso mortal que se llama rey de España, aunque no tenga el honor de conocernos.

Es verdad que con la gracia de Dios tienen bastante.

A mí es la gracia que me hace más gracia.

Siempre que los pueblos sienten un vacío, en seguida acude la Providencia á poner remedio.

Ocurríesele á doña Isabel abdicar en el príncipe de Asturias, ¿y qué seria de nosotros sin príncipe de Asturias?

Pues nada, acto continuo pare la Tersa, y el gustazo de hace nueve meses llega á propósito para dotar á España de otro fantástico príncipe de Asturias.

Dejadlos vivir. Ellos se llaman nuestros señores, nuestros amos, pero viven lejos; ellos tienen córte, títulos, obispos, bendiciones del Papa y periodistas que los ponen en ridículo. Encada generacion gastan dos ó tres números romanos: Carlos V, Carlos VI, Carlos VII, Alfonso XII, Ramiro IV, y lo que cuelga.

Dejadlos vivir en perpétua mascarada siendo el hazme reir de Europa, que no ha visto jamás (y eso que ha visto grandes destierros) unos príncipes más cómicos en la paz y más prudentes en la guerra.

Dejadlos vivir allá, lejos de nosotros, y la historia imparcial, al ver que no les hacemos caso, al verlos agitados eternamente en las puerilidades de sus derechos, nos hará la debida justicia, y dirá algun día:

«Hubo en aquella época varios miembros de la familia Borbon que recorrian la Europa llamándose reyes y príncipes de España.

Por supuesto que en la misma familia se disputaban unos á otros el derecho de reinar por la gracia de Dios en un pueblo que habia adoptado la soberanía nacional como fuente del derecho.

Parecian estos desgraciados príncipes una caterva de locos, rodeados de algunos holgazanes que, no queriendo trabajar en su patria, se venian á proclamar rey á alguno de ellos para vivir á su costa.

Todos han ido desapareciendo, y cuando yase creia terminada la fatal manía de nacer con derecho á reinar, hé aquí que los periódicos publican una carta

de un tal Nicasio Borbon, mozo en un café de Liverpool, el cual prueba con documentos que descende de la familia que reinó en España, y por tanto reclama que se le ponga en posesion de su herencia.

Los empresarios de teatros de Nueva-York le han hecho magníficas proposiciones con objeto de enseñarlo al público americano, deseoso de ver un descendiente de esa raza en el cómico ejercicio de creerse rey por la voluntad de Dios.

Él ha aceptado, y parte mañana para América, donde indudablemente hará fortuna.»

Esto y más que dirá mañana la historia, en nada afecta al buen nombre de España.

¿Tenemos la culpa acaso de que haya eternamente Quijotes por esos mundos?

Nuestra obligacion como españoles, como hijos de un siglo de regeneracion social, como pueblo que sabe cumplir sus deberes y tiene fé en sus principios, es saber reirnos de esas majestuosas ridiculeces, para que no manchen nuestro buen nombre.

Si España quiere rey, sabrá darse un rey sin necesidad de que esos macacos vengán á turbar con sus cándidas parodias la calma que necesita un pueblo sério y formal que ha dado al mundo el primer ejemplo de sensatez, cuando despues de arrojar una dinastía pasa dos años, [en un interregno agitatísimo, sin que el orden se turbe en la capital un solo dia.



Lo más gráfico de la abdicacion de doña Isabel lo encuentro yo en el siguiente contraste:

25 de junio de 1870.—Al abdicar en su hijo una herencia que no posee, llora la buena señora hasta el extremo de conmovier al Sr. Coello, de *La Época*, que no es poco.

25 de junio de 1866.—Fusiló á un monton de sargentos sin derramar una lágrima, hasta el extremo de no merecer alabanzas del Sr. Coello, de *La Época*, que es mucho.



Por otro estilo, aunque tambien cómico hasta lo sublime, es la carta que ha publicado un Sr. Planas Casals dándonos la agradable nueva de que Espartero acepta la corona.

En verdad os digo que los más decididos partidarios del duque tienen un sello especial de buena fé y candor, con lo que cautivan mis simpatías republicanas.

Sí, los más fogosos partidarios del duque están cortados por el mismo patron y usan la misma literatura.

Oigan Vds. el párrafo más significativo de la carta del Sr. Planas:

«Al despedirme de él, despues de manifestarme lo mucho que sentia el que tanto la duquesa como él no pudieran tener el gusto que se prometian y esperaban de que les acompañara en la mesa, porque tenia yo que partir en seguida, ya que tal gusto no podian tener y que tanto honor sentia yo no caberme, derramé á manos llenas en las mias las magníficas brevas que contenia su sencilla petaca, diciendo: «No son mias, son para mis hijos;» y despues de los sinceros y conmovedores abrazos que para ellos, los catalanes, llorando ambos, me dió, llama á la duquesa para despedirme de ella, y como esta no oyera las voces que el duque al llamarla daba, sube

aquel al piso superior, corriendo... tanto y con tanta ligereza, agilidad y brios, que me quedé atónito.»

¡Todo aquí es piramidal! El honor que el Sr. Planas sentia no *caberle*; las brevas que le regaló á *manos llenas*, á pesar de que todas cabian en una sencilla petaca, diciendo que no *eran* suyas, sino *para* sus hijos; el llamar á la duquesa, y por último, el echar á correr son pruebas inequívocas de que estamos tocando el violon los que no nos hemos apresurado á hacer que el señor duque toque el bombo.

Sin embargo, el deber de crítico nos obliga á decir que lo más importante de este párrafo, segun el Sr. Planas, puesto que por ello conoció la agilidad del duque, no es más que una falta de cortesía.

Lo natural es, cuando se despide á un forastero, no dejarle solo; el duque, si su esposa no le oia, debió enviarla un recado, pero no echar á correr él mismo, dejando atónito al pobre Sr. Planas, por más que este, á fuer de esparterista, no viese en ello más que la buena fé del duque y sus buenas piernas.

Y como toda funcion buena, la carta del Sr. Planas termina con este cohete:

«¡Españoles! Salvemos, pues, á la patria; vamos todos á Logroño, saquemos de allí al duque, llevémosle en hombros á Madrid, aclamémosle y digamos todos: *Salvamos la nacion, y duque, haz lo que quieras.*»

Esto de pretender que vayamos todos á Logroño tiene tres bemoles.

En primer lugar, como los cigarros del duque no son suyos, sino *para* sus hijos, cate Vd. al duque sin poder complacer á todos los españoles.

En segundo lugar, que si á cada uno nos da un abrazo, llora, y luego echa á correr á llamar á su señora, no es fácil que su bien conservada vejez resista á tanto sentimentalismo y á tanta carrera.

Pero, Sr. Planas, si vamos todos á Logroño no cabremos.

Por lo demás, apreciable ciudadano, ha hecho usted muy bien en no añadir una sola letra á su última frase: *duque, haz lo que quieras.*

¡Qué frase, Dios del cielo!

Es todo un poema de patriotismo, de civismo, de esparterismo, de franqueza, de candidez y de tiranía, si la tiranía fuera compatible con la pobreza de espíritu.

Luis Rivera.

¡QUÉ ES ESTO!

Asembro y vergüenza tengo de mí mismo, y solo á *Gil Blas* me atrevo á declarar mi situacion como nunca angustiada.

¿Qué es lo que pasa por mí, que no me pasa nada en presencia de los más graves acontecimientos?

Aun parece que era ayer cuando mi sensible corazon se conmovia por la menor cosa.

Ocurria, pongo por caso, que se quemaba la casa no asegurada de uno de aquellos hombres justos que me negaban el derecho electoral, y al ver que las llamas devoraban el edificio y que la pobreza amenazaba con golpe seguro al elector privilegiado,

dejándole en situación igual á la mia, entonces aun sentia algo mi corazon, aun le sentia agitarse en mi pecho.

Cuando un ministro religioso y clerical acusaba á los prelados católicos de gastar en publicaciones subversivas el dinero recibido del Estado mismo que ellos trataban de subvertir, yo sentia conmovido algo de mi sér, y una ú otra emocion me recordaba que no estaba yo muerto para el mundo.

Y tambien cuando los periódicos monárquicos, al solemnizar el nacimiento de un vástago semi-régio, publicaban gacetillas sobre los pollos reales y se ingeniaban para hacer pensar á los españoles en el nuevo gasto que el nuevo príncipe iba á ocasionarnos, tambien entonces sentia mi sensibilidad excitada.

Mas ahora, ¡ay de mí! ¿por qué los más graves sucesos no me impiden leer con calma los carteles, tomar el fresco insensiblemente, ajustar mis cuentas y enterarme de cómo se llaman los oradores sagrados?

¿Qué atonía, qué anestesia es esta en que han venido á sumirme los años, la revolucion de setiembre y la interinidad, ó las tres cosas juntas?

Yo he leído de cabo á rabo el manifiesto de Isabel II á los españoles, y esperaba enternecerme, irritarme, entusiasmarme; deseaba que me sucediera algo, á semejanza del protagonista de *Llueven bofetones*, y he llegado á la rúbrica del documento sin más sensación que la que trae por síntomas el bostezar y esperezarse.

¡Ah, para otros son las sensaciones que el ingrato destino me niega con ruin avaricia!

Verdad es que no soy cesante y no puede moverme la remota é ilusoria esperanza de un cambio de cosas que me devuelva el sillón de una oficina; verdad es tambien que no soy empleado, y el terror de verme trasladado al panteon de los cesantes no tiene aviso alguno que enviarme; pero otros españoles hay que se hallan en posicion igual ó análoga á la mia, y se calientan de cascós y forman corrillos y se conmueven recíprocamente, citándose unos á otros tal ó cual párrafo del manifiesto ó del acta de abdicacion.

Yo no sé...

La suerte del niño Alfonso me habia interesado en otro tiempo: lo digo con franqueza. Aun despues de haber contemplado con gran lástima á los numerosos niños que, sin pan, sin abrigo y sin hogar, tiritan en las noches de invierno, acurrucados en el hueco de una puerta; aun despues del horrible espectáculo de esas inmerecidas miserias, confieso que en otro tiempo me habria conmovido la noticia de que un médico de cámara hubiese declarado grave un sabañon del niño Alfonso, y hoy... hoy el importante suceso que se verifica en su existencia, sin duda porque debo de mirarlo al través de un falso prisma revolucionario, nada dice á mi mente, ni á mis sentidos, ni á mis nervios... ¡Oh, triste caso de degradacion el mio! ¡Que una taza de café me quite el sueño, y la abdicacion de una reina me consienta dormir á pierna suelta!

¡Ay! Cuando ella dice: «Reina constitucional, he respetado sinceramente las leyes fundamentales,» ¿por qué no se me ha caído de las manos el papel, ó por qué no lo he tirado á lo ménos?

¿Por qué al leer el párrafo en que habla de su muy amado hijo he pensado egoístamente en el mio, y con tanta dureza de corazon he ido leyendo casi sin enterarme de nada y siguiendo el curso de unas ideas que debian ser consagradas á las cuitas de los príncipes y no al porvenir de mi familia, que jamás ha labrado la felicidad de España?

¡Y lo peor es que la inocente, la bondadosa Isabel, acaso esté imaginando que los españoles lloramos de su llanto, gozamos con sus alegrías, vivimos de sus esperanzas!...

Yo no soy digno de semejante concepto; no quiero usurpar las simpatías de la régia desterrada; no quiero que Alfonso sin número se proponga nombrarme algo cuando vuelva... soy indigno, lo confieso, del amor y la piedad de todo príncipe, y...

Voy á buscar un médico que me diga en qué consiste esta insensibilidad que me aqueja.

Roberto Robert.

## LA ABDICACION DE UNA REINA CESANTE.

Pasillo filosófico-régio en un acto y en prosa.

I.

La invitacion.

Sr. D....

Muy señor mio y distinguido correligionario: Suplico á Vd., si sus ocupaciones se lo permiten, que mañana á las dos de la tarde se pase por este su palacio, donde se divertirá Vd. un rato.

Se hará testamento.

Y un poco más tarde se hará tambien rey al Niño, que está muy mono con estas cosas.

Ya sabe Vd., distinguido correligionario, que hago un sacrificio de los más gordos al trasmitir á mi hijo la herencia que no poseo, pero que aun así y todo me sentaba muy bien, porque, como dijo el otro, todavía no es una ninguna vieja para retirarse á un rincón.

¡Ya, ya es gabela esto de tener y criar hijos! Dígame á Vd. que para los disgustos que me han ocasionado, más me hubiera valido pasarme sin ellos, cosa muy fácil si yo me hubiera reducido pura y simplemente á lo que tenia en mi casa.

Deseo que la funcion sea de lo más rimbombante posible, á cuyo fin tengo invitados á unos cuantos caballeros franceses, y á los nobles españoles que se distinguen, como los billetes del ferro-carril, por ser todos de *primera clase*. Yo no gasto otros.

Despues de la funcion politica se tomará chocolate.

Soy de Vd. con la mayor consideracion atenta y S. S.—*Isabel de Borbon*.

P. D. No estará Marfori, por consiguiente puede usted traer á las señoras.

II.

Preparativos.

—Vamos, acaba de vestirme, que ya vienen los convidados.

—Señora, la cita es á las dos, y V. M., como de costumbre, no se presentará hasta las cinco.

—Eso era en Madrid; aquí no tiene una el derecho de hacerse esperar.

*Carlos (entrando)*.—¿Con que hoy es el jaleo?

—Sí, hombre, estoy decidida; dicen que es el mejor medio para que volvamos al palacio de Oriente.

—¡Qué barbaridad!

—¿De veras? ¿Es una barbaridad? Pues ya no abdicó.

*Lersundi*.—Señora, si no me engaño, V. M. acaba de decir que no abdicó.

—No. Avisa á los convidados que no se incomoden.

—¡Imposible! Están ahí ya dos generales franceses llenos de placas y condecoraciones, que parecen dos máscaras, y esos no se retiran sin ver la funcion.

—Es decir, ¿que se me violenta?

*Lersundi (bajo á Marfori)*.—¡Escóndase Vd. ó le rompo un hueso!

(*Desaparece Marfori, y gracias á esto, ella consiente en la abdicacion.*)

En el salon.

Presentacion de la reina.—Golpe de solapa en los fracs de los concurrentes.

*Todos*.—¡Oh, señora!

*Isabel*.—No veo á Cheste.

*Un general francés*.—¡Cheste! Mais elle comman de du fromage!

*Un noble de primera clase*.—El Sr. de Cheste no viene porque parece que hoy opina en contra de la abdicacion.

*Isabel*.—¿Tambien él? Pues no hay abdicacion—¡Vuelvo! (*Echa á correr.*)

*Lersundi (cogiéndola por el vestido)*.—Señora, no demos que hablar.

*Belda (á Gutierrez de la Vega)*.—Me gusta este Lersundi porque tiene carácter (*bajando la voz*), y porque nos hará ministros.

*Gutierrez de la Vega (retorciéndose el bigote y poniendo los ojos en blanco)*.—Ministros, ¡ay!

*Isabel*.—Vaya, ¿estamos ya todos? Pues demos principio al acto con la solemnidad que es de rigor (*alzando la voz*). «Señores: he tenido el honor de reunirnos para...»

*Un francés*.—Pardon, madamme, mais vótre mari n'est pas encore arrivé.

*Isabel*.—¿No ha venido mi esposo? Entonces no hay abdicacion. ¡Vuelvo!

*Lersundi (deteniéndola)*.—Señora, no metamos la pata.

*Alfonso (llorando)*.—¡Ji, ji! ¿Por qué no viene mi papá? ¡Que me traigan á papá!

*Un francés*.—¡Pauvre enfant! Il n'ya plus de papá... connu.

*Isabel*.—«Señores: he tenido el honor de reunirnos para que seais testigos de mi abdicacion. Cerca de dos años de espera me han hecho conocer que el trono de España no es para mí, y deseando sacar algo, doy á mi hijo los derechos, y lo confío á los nobles españoles, á los buenos revolucionarios, á los hombres de orden de todos los partidos, y si se tragan el anzuelo, todo se quedará en casa.»

*Albacete (aplaudiendo)*.—¡Bravo, bien dicho!

*El duque del Sesto*.—No sea Vd. imprudente, jóven.

*Lersundi*.—Firmemos ahora el acta.

*El tuerto*.—¿Hay buffet?

*Un extranjero á una DAMA DE HONOR*.—Dígame Vd., señora, ¿por qué no ha venido el esposo de doña Isabel á un acto de esta importancia?

—Porque le duelen las muelas.

—En ese caso debió esperarse á que no le dolieran.

—Seria inútil, porque á ese señor le duele siempre algo en la cabeza.

—Con todo, á un acto tan trascendental debian hallarse presentes el padre y la madre.

—Crea Vd., caballero, que el padre no ha influido para nada en el hijo, ni tiene parte en estas cosas.

*Lersundi*.—Puesto que está ya firmado, ¡música!

*El general San Roman*.—¡Eso es, y bailemos!

*Coello*.—Yo voy á mandar á *La Epoca* este telegrama: «Abdicacion á las dos, papá hizo novillos: ¡mucho playa, mucha playa!»

Luis Rivera.

## EN UN CORRO.

—¿Es este el último número de *Gil Blas*?

—Sí; por cierto que sale muy flojo.

—¡Oh! cada dia más.

—Y por fuerza ha de suceder así. En primer lugar, habla demasiado del señor duque de Montpensier; un príncipe que al fin y al cabo no se meneaba...

—A propósito: el lunes llegó á Madrid.

—No; llegaría á Sanlúcar.

—No señor; á Madrid.

—Hombre, yo leí, me parece que era ayer, que se iba á Sanlúcar...

—Sí; pero fué y ha vuelto.

—Vaya que es actividad.

—Por lo mismo que decía Vd. que no se meneaba.

—Volviendo al *Gil Blas*, está muy flojo; no tiene amenidad... no tiene... ¿sabe Vd.?

—Soy de la misma opinion. Si publicara algunos articulos por el estilo del de *Los bebedores de sangre*; de los que en los clubs piden las cabezas...

—Hombre, cada cosa en su tiempo. Los clubs ahora se reunen, discuten, razonan...

—Sí; pero de cuando en cuando viene bien...

—Es claro: cuando los clubs disparatan y se apasionan bárbaramente, ese periódico truena contra ellos y les hace notar lo absurdo y lo ridículo de su conducta, á pesar de que otros republicanos, ó no se atreven á ello, ó por conservar una ignominiosa popularidad obran de un modo enteramente opuesto, y ni corrigen ni enseñan á los que lo han menester.

—Sin embargo, sin embargo...

—Pero, hombre, ¿no seria necio, y además contrario al partido mismo, escribir contra lo que ahora no sucede? ¿Contra qué club van á decir nada si no hay motivo?

—En parte tiene Vd. razon; pero... ¿ve Vd.? Podia *Gil Blas* sacar mucho partido de la excision entre la prensa y el Directorio, y pronto han abandonado esta materia.

## UN AGUJERITO EN EL VELO DEL PORVENIR.



—Es claro; pero más partido podían sacar de esto los adversarios del periódico mismo, y por esto lo ha dejado. Yo creo que no se calló nada para justificar su actitud y dar no solo chistes, sino razones. Después de esto, si alguno quiere explotar ese filón, me parece que ha de ser un monárquico y no un republicano.

—Sí... lo que es en esto, mirado desde este punto de vista... es verdad.

—En lo que convengo, sí, es en lo que dijo Rivero días pasados; en que la prensa ha decaído.

—¡Oh! eso es indudable. ¿Ve Vd.? En otro tiempo, siempre se sabía explotar el incidente, ¿sabe usted? el pormenor... Los periódicos tenían ingenio bastante para decir que todos los ministros robaban...

—¡Eso, eso gusta!

—Luego, se aludía á sus mujeres...

—Eso, eso.

—Si alguno estaba muy delgado ó muy grueso, ó era calvo, ó tenía maestro sastre, se llenaba todo un número con frases ingeniosas sobre esos detalles.

—Confieso que esto es la pura verdad. Yo, cuando uno tiene razón se la doy.

—Por eso le digo á Vd. que *Gil Blas* está flojo. Ya ve Vd. que aquí no presumimos de ingeniosos, y no obstante, mientras tomamos café cuánto se nos ha ocurrido sobre Coronel y Ortiz, y sobre Martínez Ricart, y sobre los cuellos de Alvareda, y sobre las barbas de Montero Telinge...

—Y desengañese Vd., eso es la política.

—Es lo que yo digo.

—Además, antes, de cuando en cuando, *Gil Blas* hablaba al pueblo de sus deberes... Yo, aunque siempre he sido *progresista*... me gusta ahora que se den consejos al pueblo; que se enseñe á cumplir los deberes, aunque sea en tono festivo.

—Es verdad: mire Vd., ahora apenas ha dicho nada sobre los atropellos de los francos de Barcelona contra los vendedores de periódicos...

—Verá Vd. De eso no me gustaría que hablase mucho; porque... cuando se trata de corporaciones respetables...

—¡Qué! ¡Si son peseteros!

—Bien; pero son corporaciones... Yo quiero decir que enseñara á los individuos...

—Comprendo. Como á ese ayudante del general Gaminde, que atropelló también á un editor, sin más ni más...

—Diré á Vd.: ese, al fin, siendo ayudante del capitán general... para no desprestigiar á la autoridad á que tan inmediato vive, no conviene que se escandalice... Lo que yo quisiera es que enseñase á individuos... así, al comun de la gente...

—Ya entiendo y estoy con Vd. Bien podía haber hecho un artículo muy salado contra ese individuo, de cuerpos francos también, que machete en mano atropelló en Barcelona mismo á un ciudadano inerme...

—No es eso. A los de cuerpos francos podemos necesitarlos tal vez mañana, y no es conveniente atacarles. Hay que pasar por encima de ciertas cosas...

—Psch... En parte es verdad. También podía haber escrito algo bueno sobre el agente de orden público que atropelló noches pasadas á ese infeliz á quien llaman Angel I...

—Diré á Vd. Los agentes son todos liberales...

—Yo hablo del que cometió el atropello.

—Entendido; pero antes convendría enseñar al pueblo á respetarlos, y *Gil Blas* podría...

—Pero si ahora, en el caso que hablamos, los que han de aprender son los atropelladores, y el atropellado siempre es el pueblo, ¿qué diantre quiere usted que *Gil Blas* haga?

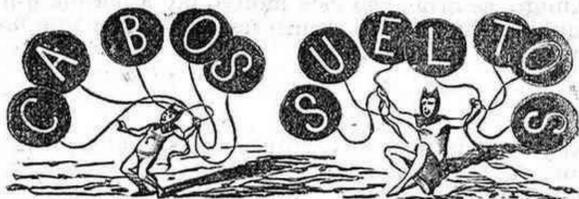
—Bien... podría... debería... en fin, puede que tenga Vd. un poco de razón en esto; pero conven-gamos en que *Gil Blas* está flojo.

—¡Oh! eso sí; muy flojo, cada día más flojo. Sin vanidad, más gracia tiene cualquiera de nuestras conversaciones...

*Gil Blas*.—Pues de memoria he tomado la de ahora. Mañana sale en el número.

Aquí la tienen Vds., señores.

Roberto Robert.



En el teatro Español de Barcelona se cultiva también el buen género de la zarzuela. Funciona en aquel teatro una compañía de artis-

tas muy bien reputados en España, como son las señoras Uzal y Cuaranta y los Sres. Beraochea, González, Tormo é Iturriaga.

Justo es que haya de todo, porque si no, el género bufo daría pronto al traste con nosotros.

Yo no lo temo.

Lo bufo no existe sino después que existe lo serio.

Y lo serio no varía.

Los pueblos, decía Chateaubriand, tienen diversas maneras de reír y una sola de llorar.

Me parece que esta cita vale algo.



Los montpensieristas están como los perros de caza cuando hay caza, esperando á ver dónde salta un candidato para echarse sobre él.



¡Poverina!...

Aquella reina tan blanda que echamos con un buen janda! aquella nos quiere mucho, y lo prueba un papelucho que á los españoles manda.

Y es el segundo. ¿Qué es esto?

¿Alfonso cede su puesto.

Cuando consejos recibe y algun manifiesto escribe se pone... de manifiesto.



Donde quiera que hallo un rasgo de ingenio, me complazco en cogerlo y tirárselo á la geta á todo bicho viviente.

Los carteles del teatro de Rossini han sido esta vez los encargados de descubrirme á un hombre de ingenio.

Dice el cartel, poco más ó ménos:

«Se representará el primero y tercer acto de *Campanone*, no haciéndolo del segundo por su poca importancia musical.»

Viva Vd. mil años, señor mío.

Pero si Vd. elige los actos por su importancia musical, ¿por qué no pone Vd., en lugar del segundo de *Campanone*, el acto cuarto de *La Africana*?

Esa moda de suprimir los actos sin importancia musical, puede conducir á esto:

Supongamos una obra que en el primer acto presenta dos amantes, que en el segundo los casa y en el tercero los hace papás. Resultaría que suprimiendo el segundo acto, los amantes habían llegado á tener hijos sin casarse.



No fué solo en Cádiz donde faltaron los números de *Gil Blas*.

No fué solo en Jerez donde idem idem.

De Granada nos escribe también el corresponsal diciendo:

«Pongo en su conocimiento que del número 274, correspondiente al domingo 20 de junio, no he recibido el paquete; se lo advierto para que no me lo cargue Vd. en cuenta.»

Póngase Vd. en mi lugar, español de cualquier partido.

Y hágase Vd. esta reflexión:

De un mismo número me han extraviado los ejemplares que iban á Cádiz, á Jerez y á Granada.

¿Qué hago yo ahora?

Antes me quedaba el consuelo de echar la culpa á los moderados, pero la verdad es que con los moderados no me han faltado jamás todos los ejemplares de un número en tres importantes capitales á la vez.

Si sigue esto durante algún tiempo, nos veremos en la necesidad de recurrir á los teatros para que nos den un beneficio, el cual será anunciado en estos términos:

#### TEATRO DE...

*Funcion extraordinaria y patriótica á beneficio de los redactores del GIL BLAS,*

reducidos á la mayor miseria por la dirección de Comunicaciones, que ha devorado su fortuna en lo que va de mes.

*Nota.* Asistirán S. A. el Regente y los excelentísimos señores ministros para que se enteren.



Si los diez ó doce empleados en la Biblioteca y Archivos han armado tal alboroto porque los trasladan á provincias, ¿qué no armarían si los dejaran cesantes?

¡Me estremezco al considerarlo!

Por esto solo han estado á punto de derribar un ministro.

Si á estos jóvenes les pasase lo que á mí, esto es, les quitase el Estado casi todos los números de Andalucía, entonces serían capaces de derribar, por lo menos, la catedral de Búrgos.



Yo he dicho solo que Montpensier parece el Judío errante.

He añadido que no se está quieto.

Que tiene hormiguillo por lo menos.

Pero no he dicho lo que á continuación copio tomándolo de *La Política* del lunes:

«Esta mañana ha llegado á Madrid el ilustre duque de Montpensier. El jueves estuvo en Rota, el viernes en los toros del Puerto, el sábado se embarcó en Bonanza, el domingo salió de Sevilla y esta mañana ha llegado á Madrid sin novedad.»

¡Sin novedad después de traer ese tragin!

¿Pero ese hombre es el procurador de la zarzuela *El duende*?



Tampoco asistió Gonzalez Brabo á la abdicación. Señal que no le tiene cuenta.



El Sr. D. Enrique Hernandez, periodista moderado de los que han trabajado mucho para que otros se den tono, anuncia ahora una obra con este título:

*Isabel II y los hombres de la revolución, juzgados por la tribuna y la prensa de su tiempo.*

El Sr. Hernandez, que tiene talento é independencia para llevar á cabo su obra, nos dice en el prospecto que se declara incondicional y absolutamente partidario de doña Isabel, y amigo de la revolución de setiembre.

Espero á leer su obra para ver qué demonio significa esto.

También dice en el prospecto que él no debe á doña Isabel más que unas cuantas palabras lisonjeras y mil reales.

¡Hombre, bien poco es!

Si todos los moderados que deben á doña Isabel más que el Sr. Hernandez fueran tan agradecidos como este señor, aun haría ella de las suyas por estos barrios.



Entre españoles.

—¿Ha visto Vd. cómo empieza la abdicación de la patrona?

—A ver, hombre, á ver.

—A los españoles de mis reinos.

—Entonces no habla con nosotros.

—Me gusta doña Isabel por lo chula. Y si no lea Vd. su abdicación.

—La dedica á los españoles de sus reinos.

—Que es como decir: á los criados de mi casa.



Mientras los moderados hacen rey de España á *Puigmoltejo*, los carlistas nombran príncipe de Asturias á lo que acaba de echar al mundo mi señora doña Margarita.

Yo pregunto al lector:

¿Quién pone en mayor ridículo á los reyes, los republicanos ó los monárquicos?



*La Epoca* ha publicado el notable manifiesto que el Sr. Coello escribió hace un año para la abdicación de doña Isabel.

*El Tiempo* ha publicado otro, no menos notable, que con el propio objeto escribió el conde de San Luis.

Pero doña Isabel ha despreciado á los dos y elegido el tercero, que Vd. habrá leído.

Esa señora no tiene juicio ni gusto literario.



Aseguro á Vds. que el marqués de Miraflores haría mi fortuna si se prestase á que yo le fuera enseñando por los teatros con sus magníficos manifiestos.

El último es á favor del *Puigmoltejo*.

Y empieza con una cita de Flankin diciendo que lo primero es la moralidad.

¿Moralidad tratándose de la madre del hijo, del marido de la madre, y del hijo de su madre?

¿A dónde vamos á parar?



Asegura un diario moderado que no hay disidencias en su partido.

Lo creemos bajo su palabra.

Pero le agradeceríamos que nos demostrase que los moderados son un partido.



El ayuntamiento de Torre vieja ha dispuesto suprimir todas las escuelas.

Siento que los diarios que dan la noticia no puedan añadir la circunstancia de que ese bárbaro ayuntamiento sea federal.

Lo siento. Lo que más me gusta á mí es ver cómo se las campanean ciertos periódicos para atribuir al federalismo todas las brutalidades.



D. Francisco de Asís de Borbon, el conuñado de Montpensier, no ha asistido al solemne acto de abdicación de la que, en el sentido legal, es su esposa.

Reflexionemos.

Pero... con estos calores, ¿quién se va á devanar los sesos en semejantes cosas?

Ese matrimonio es de aquellos que siempre dieron que hablar á los vecinos... Peor para el que se mete con ellos.



Segun opina *La Igualdad*, el manifiesto de Miraflores no viene á ser otra cosa que el grito de:

¡Arriba los borbones!

Grito que *Gil Blas* ha traducido más de una vez por:

¡Arriba las faldas!

¡Quién diría que un señor tan sério andaba en esos tratos!



Ya les ha llegado la vez á los carlistas.

¡Si no podía faltar!

*La Iberia* les echa encima el sambenito del socialismo.

Pero, señor, ¿no podríamos inventar otra injuria?

La verdad es que ya á nadie le importa nada que le llaman socialista; es lo mismo que si nos llamaran herejes... Y, francamente, de lo uno y de lo otro, ¿quién es el guapo que cuando menos no tiene una manchita?



El domingo hubo junta general de la *Orden del Dos de Mayo*.

Alguno quiso por fin proponer socio á Montpensier.

Amigo, se armó con este motivo tal alboroto, que si hubiera habido allí franceses tendríamos que lamentar otro Dos de Mayo.



El yerno de Isabel II tampoco asistió al acto solemne de la abdicación.

El marido por un lado, la mujer por otro, los cuñados por otro, el yerno por otro, Marfori por otro... ¡Cuántos lados tiene el mundo!



Isabel de Borbon dice:

«Azaroso y triste en muchas ocasiones ha sido el largo período de mi reinado...»

¡Largo! ¡Vd. misma lo conoce! Y sin embargo... aun no sabe Vd. bien cuán largo ha sido.

Si á Vd., que no era encarcelada á cada triquitraque, ni era deportada, ni la fusilaban á los suyos, ni pagaba nuestros gastos, le parece largo aquel período, ¡qué nos ha de parecer á nosotros, señora!

Pero, como amigo, no intente Vd. volver á reinar, ni Vd. ni el muchacho, porque si llegara á conseguirlo, así como aquel período le parece á Vd. largo, el nuevo le parecería á Vd. demasiado breve, efímero, fugaz... y gracias que no le pareciera otra cosa peor.



El Sr. Jimenez, profesor de medicina, ha legado á la Inclusa una limosna de 72.000 rs. nominales.

¿Quiere Vd. un chiste sobre eso?

Espérese Vd., entéreme antes del paradero del millón y pico que se perdió entre el respetable patriarca y la augusta majestad de D. Francisco de Asís.



Reparen Vds. la situación de Madrid.

El Regente está en la Granja.

Prim está en los montes de Toledo.

Las Cortes suspendidas.

Y Montpensier en Madrid.

Sin embargo, parece mentira; pero nunca ha habido menos temores.

Convenimos en que la interinidad es una cosa muy mala.

Y en que lo único que hay imposible es la república.



Si no han visto Vds. el lindo boceto que ha hecho Ramoncito Padró del paso de la *Berenguela* por el canal de Suez, Vds. se lo pierden.

Es algo más que un boceto; y si no hubiésemos sabido que ese joven artista acaba con muchísimo garbo sus obras, habríamos creído que era un trabajo concluido.

Es una pintura sumamente discreta, donde cada parte se acomoda bien con las otras, donde no chillan los colores ni son pretextos para ensuciar de diversos modos una tela.

¡Y eso que el artista aun no se afeitó!

Déjenle Vds. ir, que él llegará lejos; pero vean ustedes su boceto y se alegrarán, si son amigos del arte.

## PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Caramelo*.

### CHARADA.

Como es vocal la primera, es fácil adivinar que la segunda y la tercera es de gran necesidad.

La cuarta con la segunda es el nombre que se da al habitante de un pueblo que existió en la antigüedad.

El todo es un personaje sublime, piramidal, con un sueldo... ¡vaya un sueldo! y una barriga ¡que yal!

(La solución en el número próximo.)

## INTERESANTISIMO A TODOS LOS QUE SE BAÑEN.

se hayan bañado ó tomen las aguas naturales ó compuestas.

### ACEITE DE BELLOTAS

con sávia de coco ecuatorial, para los cabellos y para la epidermis de toda la superficie humana.



Ocho años de experiencia y crédito creciente, las infinitas recomendaciones certificadas de médicos higienistas, alopatas, homeopatas, farmacéuticos; la reciente proposición hecha de 100.000 duros por una respetable casa americana por la adquisición del secreto y fábrica, prueban evidentemente que es el primer cosmético medicinal que se ha conocido en los 5.874 años del mundo histórico.

Leed lo que decía *La Política* en 15 de Julio último:

«A los bañistas.—Si para toda clase de personas es utilísimo el «Aceite de bellotas» con sávia de coco ecuatorial, que ya en otras ocasiones hemos recomendado como inocente cosmético y eficaz medicamento del cabello y de muchas enfermedades de la cabeza, para nadie quizá tiene una aplicación tan directa y recomendable como para los bañistas; sabido es, en efecto, la humedad que constantemente conservan en la cabeza los que hacen uso de los baños, perjudica muchísimo al cabello, y nadie ignora tampoco la acción destructora que en él ejercen los cloruros, potasas, sulfuros, carbonatos y otras sales en que abundan las aguas minerales y marítimas.

Ahora bien: el «Aceite de bellotas» con sávia de coco ecuatorial, inventado por el Sr. L. de Brea y Moreno, neutraliza todos estos efectos, suavizando el pelo, dándole consistencia, manteniéndolo fresco, lustroso, flexible, y viniendo á ser un auxiliar, ó más bien un correctivo, de los inconvenientes que lleva consigo la hidroterapia. Por esta razón encargamos á todos los bañistas que no olviden en su neceser de viaje un frasco siquiera de aquel precioso líquido.»

Se vende en la calle de las Tres Cruces, núm. 1, cuarto principal, Madrid, á 6, 12 y 18 rs. frasco con mi nombre en el vidrio, cápsula y prospecto, y la etiqueta firmada, porque hay falsificadores. Por mayor se hace 25 por 100 de descuento de almacén.

Dirigirse al inventor L. de Brea y Moreno, proveedor de SS. AA. en particular y de todo el atlas en general.

*Nota.*—Tenemos 1.500 puntos de venta en las más importantes farmacias, droguerías y perfumerías de América, África, Asia, Europa y la Oceanía.

MADRID: 1870.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CEBEZA, 27.